



FRONTERA. El puente colgante George Washington conecta Manhattan con Nueva Jersey.

EN PANTALLA. Sto Domingo Grocery Inc. fue la locación principal de *In The Heights*.

191. Es la estación de metro más profunda y su túnel de acceso, el más largo del sistema de transportes local.



RECOMENDADO. Desde el parque J. Hood Wright se tiene la mejor vista del río Hudson.

Nidia Bello recuerda la primera vez que llegaron a su “bodeguita” en Washington Heights.

Lin-Manuel Miranda, director y cabeza tras el popular *hit* de Broadway *Hamilton*, quería situar aquí, en **STO Domingo Grocery Inc.**, en la 175 con Audubon Avenue, la locación principal para *In The Heights*, la que en ese momento todavía se presentaba como “su próxima película”. Se trataba de una adaptación del musical del mismo nombre, ganador de cuatro premios Tony, incluido el de la categoría máxima: Mejor Musical.

Samson Jacobson, encargado de locaciones para la producción, fue representando al celebrado creador. Tras inspeccionar con curiosidad sus tres minúsculos pasillos, le explicó a Nidia el plan. La idea era desarrollar una película SOBRE el barrio Washington Heights EN Washington Heights. Nada de escenarios ficticios.

La trama se haría espacio en el cuadrante que hay entre la 155 y la 192, que linda con Inwood al norte y con Harlem al sur, recorrido por la línea I, la A y la C del Metro neoyorquino, donde convergían la herencia cultural de la comunidad latina.

Y de esta manera, sitios icónicos, como el negocio familiar que Nidia había abierto junto a su marido, Esteban de Jesús, treinta años atrás, y que fue nombrado así obviamente en homenaje a su Santo Domingo natal, serían los protagonistas en la pantalla, casi tanto como los actores.

Lin-Manuel Miranda catalogaría su trabajo con el tiempo como una “carta de amor” a todos los latinos que deciden migrar a Estados Unidos. Sabía de lo que hablaba (y habla en la película). Este era el barrio donde él se había criado.

—Pasó un tiempo y no regresó más —dice Nidia, 65 años, desde su bodeguita, una mañana como cualquier otra—. Como no vimos a nadie, pensamos que se habían olvidado...

Pero Jacobson cumplió su palabra y en el verano de 2019, la producción se instalaba aquí. Cambiaron el nombre del local por *City Mart Tropical Products*, y reemplazaron su toldo verde por uno amarillo. Parte de su vibra original aparecía en escena, con los populares paquetes sellados al vacío del café de grano La Llave, Pilon y Bustelo tras el mostrador, las banderitas dominicanas decorándolo todo, y la dispensadora de bebidas calientes siempre encendida.

En la ficción, el dominicano *Usnavi de la Vega* —interpretado por Anthony Ramos— lucha por mantener a flote su “bodeguita”. *Usnavi* al mismo tiempo tiene el “sueñito”, como él le dice, de volver a Santo Domingo y honrar su raíz.

Esteban de Jesús podía pasarse ratos largos mirando el montaje, recuerda su hijo Juan Esteban, desde la cocina de la bodeguita. Él asumió de interlocutor con la producción: era el único que hablaba inglés.

—Lo pasaba muy bien. Toda la comunidad lo pasó bien —dice Nidia.

EN EL CORAZÓN CARIBEÑO DE NUEVA YORK

Entre la 155 y la 192, “la pequeña República Dominicana” es el más auténtico reducto latino de la isla en la ciudad más famosa y cosmopolita del mundo. Aquí se filmó *In The Heights*, basada en el célebre musical de Broadway del mismo nombre. Fuimos a buscar —entre bodeguitas, salones de belleza y restaurantes— los sueños y ambiciones de quienes inspiraron la película que homenajea estas raíces. POR *Muriel Alarcón*, DESDE ESTADOS UNIDOS.



COMUNIDAD. Un par de sillas y listo, las veredas y calles del barrio se convierten en punto de encuentro.

La producción, estrenada en junio pasado, fue definida en medios especializados como una experiencia “electrizante”. Transitando entre el diálogo bilingüe, el canto y el baile, hizo una sorprendente campaña de difusión en pantallas de Times Square y publicidad en altura en el mismo barrio. En su *casting* se ve a personajes icónicos del mundo latino estadounidense, como Marc Anthony y la periodista María Hinojosa. También a actuales y viejos residentes que no se ahorraron el cameo, incluido el mismo Lin-Manuel Miranda que hace de “piragüero”, un vendedor ambulante que ofrece bebidas de hielo raspado con frutas tropicales.

Aunque recibió elogios de la crítica por

su escenografía real, la película también suscitó la discusión al excluir a actores afrolatinos de piel más oscura.

Nada de lo que Nidia se hubiera enterado, pues, aunque recibió entradas para ver la película, aún no la ha visto.

—No me siento como en ánimo —dice. La pandemia se interpuso en sus planes y, si bien su bodeguita no cerró, todos enfermaron del virus. Al padre, de acuerdo a su doctor, el contagio le aceleró su esclerosis múltiple y lo mató en febrero de 2021, a los 74, poco antes del estreno de la película. Un póster con su rostro y la frase “Amor, Verdad y Justicia. Esteban de Jesús 1946 - 8” le rinde homenaje en la entrada de la tienda. Juan Esteban, el hi-

jo, dice que no lo quitará hasta el día en que cierren el local.

Él sí vio la película y el relato de *Usnavi* le pareció tan similar al suyo que, frente a la pantalla, creyó estar apreciando no una historia ajena, sino la de su vida, y la de su barrio.

—Cambiando una cosita por aquí y otra por allá, era la historia de nosotros —dice.

Conocerse y hablar

Antes de ser un barrio latino, Washington Heights fue un enclave irlandés, ruso y judío. Pero a partir de los setenta, y a medida que aumentaba la población negra y latina, sus primeros residentes abandonaron el vecindario. Tal como lo

hicieron los De Jesús Bello en 1983, un gran número de familias dominicanas arribó como parte del recambio, buscando mejores oportunidades laborales, aunque dejando hijos y profesiones atrás.

A pesar de que es fácil encontrar banderas cubanas, puertorriqueñas y mexicanas en el barrio, el grupo dominante es uno: los dominicanos. Por eso el apodo. Esta es “la pequeña República Dominicana”.

—En la mentalidad del mundo, se lo reconoce como un espacio dominicano. Si vives en la República Dominicana, y dices que vienes para Estados Unidos, los dominicanos creen que vas a Nueva York, a Washington Heights. No hay otro lugar —dice Ramona Hernández, directora del Instituto de Estudios Dominicanos de la City University of New York (CUNY).

El Censo de 2019 confirmó con cifras lo que es fácil percibir en sus calles: 97.488 dominicanos viven en el vecindario, casi la mitad de toda su población, seguidos por 13.276 mexicanos y 11.745 puertorriqueños. Las conversaciones en español, de hecho, se escuchan en todas las esquinas.

—Para un dominicano, no es lo mismo ir a Washington Heights o ir al Bronx —dice Divina Peralta, una dominicana de 62 años, residente y clienta habitual de la peluquería *Amazonas*, ubicada en 560 West de la 156, a pocos metros de la bodega de Nidia.

—Aquí —agrega, refiriéndose al barrio— una se siente en su propio país.

Si bien la producción de la película habría optado por evitar las peluquerías del vecindario —por sus reducidos espacios—, al montar el salón de *Daniela* en la ficción, sí hay varios locales a la redonda en los que Lin-Manuel Miranda pudo inspirarse. Algunos son especializados solo en pelo. Otros, en uñas.

En *Amazonas*, que se cuenta entre los primeros, atendido y visitado casi exclusivamente por dominicanas, uno se siente en el set de filmación. Todas sus clientas vieron la película. Y una dice que la fachada de este local se transformó en una pastelería para la ficción. Varias de ellas, incluida Divina, llevan “ondulines” o “tubos” (“rolos”, les llaman en la isla y, obvio, también aquí). Así, con esos accesorios, ven pasar el día sin prisas, bajo un secador de pelo de pie. Divina dice que en las peluquerías de su barrio se siente de regreso en la isla.

—Aquí nos conocemos y hablamos. Nos preguntamos de dónde tú eres, de qué pueblo... Yo soy de la frontera, de Dajabon, pero viví en la capital. Y otras son de Santiago, otras son de San Francisco. Y así sucesivamente. Una más o menos sabe —dice.

Pasarse el día en la peluquería, pero también en los exteriores de Washington Heights es una invitación a entrometarse en la intimidad ajena. En escalinatas o sillas de todo tipo —de oficina o de plástico, viejas o nuevas—, instaladas



FAMILIAR. Dominicana de origen, Nidia Bello conoce cada mercancía en su bodeguita.

sin ley en los umbrales de las viviendas, siempre hay vecinos conversando a viva voz. Algunos, entusiastas, agregan mesas plegables a la escena y arrancan partidas espontáneas de dominó, de ajedrez o algún juego de cartas. Son vitoreados por espectadores de a pie. Varios acompañan la velada con la salsa, el merengue o el hip-hop de turno, tal como *Usnavi* sugiere en la ficción al decir que las calles de Washington Heights “están llenas de música”.

Las melodías también pueden venir, a todo volumen, a veces al mismo tiempo desde el interior de un auto, la vitrina de una licorería, de un parlante abandonado en la acera o de algún local de envío de dinero, con carteles en español e inglés, siempre colmados de clientes al interior.

Los latinos han abierto negocios, pero también han reproducido costumbres culinarias en las calles de su pequeña isla de cemento. No cuesta nada encontrar piraguas, ni tampoco piña colada ni el Frío Frío o Yun-Yun, una bebida refrescante hecha a base de hielo triturado y mezclado con jugos naturales. También uno puede comer un sándwich cubano —con jamón, cerdo, queso suizo y pepinillos— en **Floridita**, un restaurante ubicado a la altura del 4162 de Broadway. O un mofongo —plato dominicano típico hecho a base de plátanos fritos— en el 4141, en el **Malecón**, uno de los tres lugares de comida dominicana que esta cadena tiene en la ciudad.

Lin-Manuel Miranda y sus productores querían retribuir la cortesía del vecindario que los recibió al filmar. Por eso, en vez de traer el *catering*, sus equipos comieron en los restaurantes locales.

Un garzón del Malecón recuerda una vez que los actores llegaron en grupo a tomar café. Tenían mucho frío. Venían del complejo **Highbridge Pool**, dos piscinas construidas en 1936, y tan grandes como para alojar un evento olímpico, ubicadas en Amsterdam con la 173. Habían grabado una de las escenas más icónicas de *In The Heights*. En ella, cientos de bailarines en el agua despliegan sus coreografías, cantan y fantasean con lo que harían si se llevaran los 96 mil dólares que ganó un cartón de la lotería que *Usnavi* vendió en su propia bodeguita.

La escena, recuerda el mesero del Malecón, se filmó en días inusualmente fríos y nublados antes de una tormenta.

Los servicios de taxi y su flota de colores fosforescentes deambulando por sus anchas calles son también un sello del palpitante imparable del barrio.

Para la película la producción eligió a la flota de taxis **Reyno Car Service** para montar la sede de *Rosario's Car Service*. En la ficción, en sus oficinas retro se encuentran *Benny*, un telefonista estrella, y *Nina*, la hija de *Kevin Rosario*, el dueño del local. Ubicado en Audubon 199, de cara a STO Domingo Grocery, Reyno Car Service está especializado en el transporte médico que no es de emergencia para



SABOR IMPERDIBLE. Floridita es famoso por su oferta de sandwiches cubanos.

los beneficiarios de Medicaid, el seguro de salud dirigido a las personas de bajos ingresos.

En su sede se habla español, y el aire acondicionado se usa a máxima capacidad. Desde su cabina, uno de los telefonistas cuenta que el servicio no se detuvo durante los días de grabación. Los empleados solo trasladaron las llamadas a un subterráneo.

Amor por Washington Heights

Pero más allá de su chispeante presente, en la película y en la vida real, Washington Heights parece verse amenazada por la gentrificación que ha incrementado precios y desplazado a varios de sus habitantes originales.

—Es el drama más urgente que vive el dominicano hoy —dice categórica Hernández, de CUNY—. Su habitar está siendo cambiado de manera acelerada, lo que le causa mucha zozobra porque lo desestabiliza. Y lo pone a reflexionar sobre el futuro de sus hijos. No es lo mismo vivir en un enclave, en un entorno donde todo lo que tienes alrededor te recuerda algo que quieres preservar.

Le ha pasado a Divina. Para ella, la gentrificación “es la pura realidad”. Ha logrado mantener su renta a raya pagando 1.300 dólares al mes, pero si antes uno podía encontrar un arriendo por 900 dólares, hoy no bajan de 2.000, dice. Es la razón del éxodo de residentes a sitios como el Bronx. Y también por qué otros hoy re-

local Snoeman ha pintado basureros, puertas y carritos de vendedores ambulantes. Retazos de colores fuertes son distinguibles en mensajes como “Amor por Washington Heights” o “*Spread Love*” (Propaga Amor).

Otro que defiende su territorio es el piragüero. En la película se enfrenta al conductor de *Mister Softee*, el camión de helados, pintado en azul y blanco, y con música parecida a la de una cajita musical. Como varios locales, pierde clientes que compran conos sencillos por unos pocos dólares al chofer de turno. Son la alternativa barata para refrescar una tarde de calor imposible. Se mueven por el barrio de un lado a otro, con la destreza que no podría tener ni el piragüero más atlético.

Tentar a la suerte es también para algunos una manera de preservar la esperanza. Para Divina los juegos de lotería no son algo solo de las películas, sino una opción real para cumplir el “sueñito” de comprarle una casa a su hija y a su yerno en el barrio (y así, tal vez, dejarse una pieza para ella).

Pero no todos quieren quedarse para siempre. El “sueñito” de su padre, dice Juan Esteban desde la bodeguita, era —tal como en la película— volver a Santo Domingo. Después de trabajar toda una vida, él quería regresar junto a su familia y disfrutar del campo, la abundante vegetación de la isla. Si bien no alcanzó a cumplir su voluntad, el hijo cuenta que (tal como en la ficción *la Abuela Claudia* deja una herencia a su descendencia) su padre se preocupó de invertir las ganancias de su negocio y de comprar propiedades que hoy aseguran el futuro para la familia.

—Estaba preparando todo eso para que no tuviéramos que seguir en el trajín del día a día —dice Juan Esteban.

A pesar de la estabilidad económica lograda, con su madre han decidido mantener el negocio abierto. La película, en ese sentido, ha multiplicado la clientela.

—Una señora dijo que había visto la película doce veces —cuenta Nidia—. Hay espectadores que han venido incluso de otros estados a ver si el lugar existe.

Sin actores dando vueltas hoy como prueba, la evidencia está en un mural que la producción dejó en el exterior, a un costado de la bodeguita. Los vecinos lo mantienen limpio. En él aparece un balsero en el mar y, sobre la escena, una gran bandera flamea. Desde luego, es la bandera dominicana. **D**



DIRECTOR. Lin-Manuel Miranda en el estreno de su película, que se realizó en el mismo barrio.



DOMINÓ. Las partidas callejeras son una escena típica del barrio.

claman el lugar.

Una resistencia que varios más, aparte de Miranda, parecen hacer con “cartas de amor” al vecindario. Es cosa de leer carteles y rayados en sus calles y murallones, y apreciar en ellos el sentido. Tal como en la ficción lo hace *Graffiti Pete*, un artista que interviene con spray y sin permiso la fachada de la bodeguita de *Usnavi*, el artista

Región de O'Higgins

Lo natural es venir

TAGUA TAGUA - VALLE DE ALMAHUE

VIAJA RESPETANDO LAS NORMAS DE AUTOCUIDADO

INFÓRMATE EN CHILEESTUYO.CL/PLANVIAJARXCHILE

GOBIERNO REGIONAL REGION DE O'HIGGINS

CORE

SERENATUR